

Biblioteca-Films

BEN-HUR



**Ramón
Novarro**

SELECCION
50 cénts.

BIBLIOTECA FILMS

"TITULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado 707

Centro de Recreo de S. Bartolomé, Barrio, 16

B A R C E L O N A

AÑO V

APARECE LOS MARTES

Núm. 65

DIRIGIDA POR LA FICCA ESPAÑA

BEN-HUR

Según la traducción de la novela de
fama mundial, del celeberrimo autor

LEWIS WALLACE

cuyo argumento ha sido adaptado

por la invicta marca

METRO-GOLDWYN

Calle Mallorca, 220 - Barcelona

para filmar la extraordinaria produc-
ción de igual título, interpretada por

RAMON NOVARRO

Francis X. Bushman

May Mc Avoy

Betty Bronson



PRIMERA PARTE

En el lado occidental de la muralla que rodea a Jerusalén se habrían las macizas hojas de la puerta llamada de Betlém o de Joppa. El espacio que exteriormente se extendía ante ella era uno de los sitios más notables de la ciudad. Mucho antes de que David codiciara la posición de Sióu, había allí una ciudadela. En los días de Salomón había un gran tráfico en este sitio, al que acudían los comerciantes de Egipto y los ricos negociantes de Tyro y de Sidón. Cerca de tres mil años han transcurrido y aun se conserva algún comercio en aquel sitio.

Era la tercera hora del día y ya habían marchado de allí mucha gente, aunque, en apariencia, el movimiento continuaba tan animado como al principio, cuando llegó un

grupo compuesto por un hombre y por una mujer, sobre un burro.

El hombre iba apoyado sobre un grueso cayado y la mujer de una belleza que inspiraba un profundo respeto, procuraba ocultar su rostro con un fino velo.

De entre los que había en la plaza, se adelantó un anciano y dirigiéndose al recién llegado le dijo:

¿No eres tú José de Nazaret?

Así me llaman—respondió José, volviéndose hacia él gravemente—. ¿Y tú...? ¡ah! ¡la paz sea contigo, amigo Rabbí Samuel!

La paz te deseo igualmente—respondió el Rabbí. Y fijándose sobre la ropa de su amigo continuó diciéndole—. Tan poco polvo hay sobre tu túnica, que se inflara con facilidad que debes haber pasado la noche en esta ciudad de tus padres.

No—replicó José—. Como no pudimos pasar de Bethania porque se hizo de noche, nos detuvimos en la posada que hay allí y emprendimos el camino de nuevo, al nacer el día.

—La jornada que está ante ti es larga, si es que vas a Jaffa.

—Tan sólo voy a Belén—, respondió nuevamente José.

—Comprendo. Has nacido en Belén y ahora vas allá con tu hija a registrarte en el censo ordenado por el César.

José, sin alterarse por el tono medio irónico con que fueron dichas estas palabras contestó humildemente.

—Esa mujer que ves, no es mi hija, sino mi esposa, la madre del hijo que Dios ha de concederme.

Despidiéronse los dos amigos y José, cuando el animal sobre el que cabalgaba su esposa llegó a una de las posadas y le dijo al dueño que se encontraba en la puerta:

—Amigo, necesito una habitación para mí y para mi esposa.

—No puede ser—contestó el posadero—. Ha venido mucha gente y como otras muchas mujeres la tuya tendrá que dormir también al raso.

Al bajar la mujer del animal dejó ver su rostro y el dueño de la posada, sugestionado por la dulzura que de él emanaba volvió a decirle:

—Espera, hay un lugar tan solitario. Es el mismo en que durmió el rey David cuando era pastor. Si quieres puedo cedértelo para esta noche.

Aceptó José la oferta y poco después se aposentaban en aquel lugar que no era sino un triste pesebre, cuya única comodidad consistía en estar bajo techo.

Llegó la noche y mientras María, la esposa de José era madre, tres ricos caminantes se dirigían también hacia Belén, guiados por la

luz de una estrella que les iba marcando el camino.

De pronto, al nacer el Niño un resplandor iluminó todo el valle y los pastores comprendieron que había llegado el Mesías anunciado y siguieron a los caminantes hacia el pesebre, donde se hallaba el recién nacido.

Y aquellos tres hombres que de tan distintos puntos del mundo habían llegado a reunirse, cambiando el tono de sus reinos por la pobreza de un pesebre, adoraron también al Mesías que esperaban.

En el soberbio palacio de los príncipes Hur, la princesa viuda hablaba con su viejo siervo Simonides y le decía, quejándose de la tiranía de los romanos, que por aquel tiempo gobernaban.

No dudo, mi buen Simonide que sahrás ocultar todos los tesoros de la casa de los Hur, para librarlos del poder del tirano.

—Así es mi ama y señora —repuso humildemente el siervo— pero ahora es preciso que yo salga de la ciudad, antes que caiga en poder de los romanos.

—Que la paz te acompañe. Bien sabes que quisiera premiar tu lealtad dejándote fuera de la esclavitud, pero nuestra ley me lo impide y no puedo hacerlo.

—No te importe, señora —respondió el esclavo—. Os estoy muy agradecido por haberme dejado creer a mi hija de que soy libre y mi único pesar es despedirme de ti, sin poder conocer a mi señor Juda.

Simonides había llevado consigo a su hija Esther, una joven de extraordinaria belleza, en quien la dulzura y la bondad rivalizaban. Al cruzar por el mercado, mientras que su padre se detenía para hablar con otro judío, una vieja vendedora atraída por la belleza de la joven le regaló una blanca paloma, que la muchacha empezó a acariciar con infinito cariño. Más de pronto saltó el animal de sus manos y un joven, de unos diecinueve años de edad, que casualmente pasaba por allí tras ella para entregársela.

El rostro de Esther quedó tan grabado en el pensamiento del jovenzuelo, que este la siguió con la vista sin darse cuenta de que otro comerciante pasaba en aquel instante con su cabalgadura y de un empujón lo arrojó contra un soldado romano.

—Perdona —le dijo el muchacho—. No he visto a la hestia y me ha echado contra ti.

—No necesitas excusarte —respondió seriamente el romano—. Eres judío y como tal has andado como debes, para atrás.

Aquel insulto alteró las facciones del muchacho, en cuyo gesto activo se adivinaba su ilustre estirpe y para vengarlo exclamó:

—Soy amigo de Mesala y quiero hablar con él.

—Masala—gritó un soldado, de los otros que se hallaban a la puerta—. No puedes negar tu procedencia, aquí hay un judío que quiere verte.

Se adelantó hacia el muchacho el jefe romano y se le quedó mirando un rato, como si no lo conociera.

—¿No te acuerdas de mí?—le preguntó el hebreo—. Soy Judo Ben-Hur, tu amigo de la infancia.

Mesala había recibido inúmeros favores de la familia de Judo y no pudo negarse a aquel llamamiento, pero, no obstante, lo sacó fuera de donde estaban sus compañeros de armas y le dijo:

—Te conozco Judo, pero un judío no puede siempre que quiera distraer la atención de un romano.

No comprendió el joven príncipe hebreo el insulto que ocultaban sus palabras y solamente teniendo en cuenta la gran amistad que los había unido le dijo:

—Ven a mi casa, mi madre será muy dichosa de volverle a ver, con tu traje de guerrero romano y mi hermana Tizabi.

El romano, a pesar de las demostraciones de cariño que le hacía su amigo no dejaba su aire de superioridad y cuando entró en la



—Quédase de saber mal de los romanos.

casa de Juda, su madre salió al encuentro diciéndole:

—Bien venido seas a tu casa, Mesala. Mi hija y yo tenemos una gran felicidad al verte a ver otra vez.

—Gracias le sean dadas mujer—respondió Mesala. Mas Ben-Hur queriendo conversar a solas con su amigo lo subió a su aposento, diciéndole:

—Quiero que mi buena aya te regale, como en otros tiempos con sus ricas confituras.

Vino la vieja sirvienta, pero Mesala, sin dirigirle una sola palabra cariñosa despreció los platos de confituras que le presentaba y aceptó la copa de vino que le ofrecía Juda.

La conversación de los dos jóvenes se fué acercando hacia los desmanes de los romanos y Mesala, con ese orgullo tan propio en aquellos tiempos en que los súbditos del César solían tratar a los de los demás pueblos, le dijo:

—Guárdate de hablar mal de los romanos, Juda. Ellos son los dueños del mundo entero y nunca más podrá ser Judea libre.

—¿Hablas en serio, Mesala? No sabes que el rey de Judea ha nacido y él la libertará del poder del tirano?

—Eres demasiado niño para comprender esas cosas Juda. Más te vale no hablar con nadie.



—Eres demasiado niño para comprender esas cosas, Juda.

Y ante el asombro del muchacho, que no comprendía como su amigo había podido cambiar en tan corto espacio de tiempo, abandonó aquel palacio donde había pasado la mayor parte de su infancia, jugando con el primogénito de los príncipes Ilur.

!! ACONTECIMIENTO !!

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

(La Primera de las Novelas Cinematográficas)

publicará en el presente mes la adaptación literaria de la famosa novela

Jaque a la Reina

Asunto de máximo interés y honda emoción, de la época del Imperio ruso

PRECIO

1'50 pts.

Publicado en

Biblioteca Filma - Apartado 701, Barcelona

SEGUNDA PARTE

Era pleno verano. Un calor sofocante se hacía sentir sobre los habitantes de la ciudad de Betlem y Julia buscó el fresco de la brisa de la noche en la amplia terraza de su palacio.

Cuando despertó, ya el sol estaba bastante alto sobre los montes. Vió las palomas que volaban en bandadas, llenando el aire con los reflejos de sus blancas alas y allá abajo, hacia el sudeste, contempló el templo como una aparición dorada, destacándose en el azul del cielo. Al borde del diván y muy cerca de Julia, una niña, escasamente de quince años, estaba sentada y tocando graciosamente un *nebel*, que reposaba sobre las rodillas.

Tirzah era su nombre y cuando se les veía a los dos juntos, se le reconocía una semejan-

za completa. Las facciones de la joven tenían la misma regularidad y eran del mismo tipo judío, ambos tenían el mismo encanto de infantil inocencia en la expresión.

—Muy bonito, mi Tirzah, muy bonito—, dijo Judá con animación, cuando su hermanita terminó de cantar.

—¿La música?— preguntó la niña.

—Sí y la tocadora también. Tiene toda la fantasía delicada de una mujer griega. ¿Dónde la has aprendido?

—Ya recordarás el griego que cantó en el teatro el mes pasado. Dijeron que solía cantar en la corte para Herodes y para su hermana Salomé. Saló a la escena precisamente después de una lucha de atleta, cuando el teatro estaba lleno de voces y de ruidos, pero a la primera nota todo quedó en silencio tan profundo que pude oír todas las palabras. De él aprendí esta música.

—¿Pero la música es griega?

—Nunca la hubiera tocado. Es hebrea— respondió la joven.

—Estoy orgulloso de mi hermanita. ¿Sabes algún otro tan lindo?

—Muchos, pero dejémoslos ahora de eso.

Un gran ruido vino a llamar su atención. Escucharon y oyeron una música marcial, abajo la calle.

—¡Los soldados de Pretomo! Voy a verlos

—grito, saltando del diván y corriendo por el terrado Ben-Hur.

Un momento después estaba apoyado sobre el antepecho que guarnecía al tejado, tan absorto que no sintió a Tirzah que estaba a su lado, con una mano sobre su hombro.

Su posición, siendo este terrado el más alto de los contornos, dominaba a todas las casas. La calle, que no era más de diez pies de ancha, tenía, de trecho en trecho, un puente, libre o cubierto, que lo mismo que los terrados a lo largo de las calles se empezaban a llenar de hombres, mujeres y niños, atraídos por la música.

El destacamento apareció al cabo de un momento a la vista de los dos hermanos al pie de la casa de los Hur.

Cuando estaban aun distante de él, Judá había observado que su presencia era bastante para excitar la cólera del pueblo. Se apoyaban sobre los parapetos o saltaban fuera de ellos atrevidamente y le mostraban sus cerrados y amenazadores puños; le perseguían con sus gritos y esculpían hacia él cuando pasaba bajo los puentes que unían los terrados de las casas.

Cuando estaba muy cerca, Judá pudo observar que, como era muy natural, el hombre no participaba de la indiferencia y de la soberbia confianza mostrada por sus soldados.

Su rostro estaba sombrío y las miradas que

a veces arrojaban sobre sus incultadores estaban cargadas de amenazas; los más tímidos se estremecían al mirarle.

Juda había oído hablar de la costumbre tomada de una del primer César, en virtud de la cual los comandantes en jefes para indicar su rango aparecían en público solamente con una corona de laurel sobre su frente. Por este signo conoció a este oficial. Era Valerio Grato, el nuevo procurador de Judea.

Cuando llegó a la esquina de la casa de Juda, éste se apoyó con más fuerza sobre el parapeto, avanzando más aun la cabeza para verlo mejor. Para sostenerse se aferró a una soleta que hacía tiempo ~~se~~ había quedado suelta, pero en apariencia unida a las demás. El peso de Ben-Hur fué bastante para acabarla de desprender y hacerla caer a la calle. Un grito de horror salió de los labios del joven, lanzó su mano para alcanzar la loseta desprendida y este movimiento pareció exactamente igual al de uno que acaba de lanzar una piedra. Los soldados de la escolta miraron hacia arriba, el comandante miró también en el momento que el trozo de loseta cayó sobre su cabeza, el hombre cayó al suelo como muerto.

Ante este hecho el joven Ben-Hur se quedó aterrado y todas las consecuencias que podría acarrearle, pasaron como un relámpago ante sus ojos.

Se retiró del parapeto con el rostro cubierto por una densa palidez, a la vez que exclamaba:

—¡Oh, Tirzah, Tirzah! ¿Qué va a ser de nosotros? ¡He muerto al gobernador romano!

Una mano invisible pareció arrojar al rostro de la joven un puñado de ceniza, por lo pálida que se puso y preguntó angustiada:

—¿Por qué has hecho eso, Juda?

—No lo hice expresamente, Tirzah, fué un accidente—respondió el muchacho.

—¿Que te harán ahora?—volvió a interrogar su hermana, cada vez más asustada.

Para evadir una respuesta, atisbó de nuevo sobre el parapeto, precisamente en el momento en que la escolta estaba ayudando al romano a subir de nuevo al trono en que era conducido y gritó:

—¡Vive, vive, Tirzah! ¡Bendito sea el señor Dios de nuestro padre!

Con esta exclamación, su rostro se serenó y al retirarse del parapeto contestó a la pregunta de Tirzah:

—No temas Tirzah. Explicaré como ha pasado y ellos recordarán a nuestros padres y sus servicios y no nos vendrá daño alguno.

La condujo a la estancia de verano, cuando de pronto el piso tembló bajo sus pies y un estampido de las fuertes puertas echadas abajo retronó en toda la casa. Grandes gritos de sorpresa y de agonía que provenían, sin

duda, del patio primero, siguieron inmediatamente a este estruendo. Volvieron a repetirse con más fuerza los gritos y se oyó el pisotear de muchos pies y grandes gritos de rabia mezclados con las voces de los que pedían compasión. Los soldados habían derribado la puerta de la casa y habían tomado posesión de ella. Su primer impulso fué huir; ¿pero dónde? sólo unas alas le hubieran podido librar. Tirzah, con los ojos extraviados por el miedo le cogió por el brazo.

—¿Oh, Juda, qué quiere decir esto?

Los soldados habían hecho una matanza terrible en los criados. ¿Y su madre, dónde estaba? ¿No era una de las voces que habían oído? Con todo el ánimo que le restaba dijo Juda:

—Quédate aquí y espérame, Tirzah, voy allá abajo a ver lo que pasa; vuelvo en seguida. Su voz no era tan firme como el hubiera deseado. Ella se aferró más a él.

De pronto, más claro, más penetrante, pero ya no imaginario, se oyó un grito de su madre. Juda no vaciló ya.

—Ven, vamos pronto.

La terraza o galería, al pie de la escalera, estaba completamente llena de soldados que con las espadas desnudas, corrían, saliendo o entrando en las habitaciones. En el extremo más cuantas mujeres de rodillas y abrazadas unas a otras, oraban o pedían misericor-



—¡Oh, Señor; en la hora de tu venganza que sea la sola la mano que haya de caer sobre él!

día. Lejos de ellas, una, con los vestidos desgarrados y su largo cabello ondeante sobre su espalda y su rostro, luchaba por desprenderse de un hombre que con todas sus fuerzas pretendía sujetarla. Sus gritos agudos sobresaliendo sobre todo este estruendo, habían llegado perfectamente perceptibles al terrado.

—¡Madre, madre!—gritó.

Ella extendió sus manos hacia él y al aparecer el joven Mesala exclamó, señalándole:

—¡Ése es!

Por el amor de ellas, Juda olvidó su disputa con su antiguo compañero y suplicó:

—¡Socórrelas! ¡Oh, mi Mesala! Acuérdate de nuestra amistad cuando niños y ayúdalas. ¡Por la madre que te dió el ser, haz que toda la culpa recaiga sobre mí!

Mesala, en su orgullo que había sido ofendido el día anterior por las palabras de Juda, que no quiso creer en ninguno de sus dioses, exacerbó su crueldad, ordenando a los soldados:

—¡Prended también a las mujeres!

Conducido por los romanos que casi no podían sostener los ataques del joven judío, fueron separadas las dos mujeres de los brazos de éste, que exclamó invocando la protección divina:

—¡Oh, Señor, en la hora de tu venganza

que sea la mía la mano que haya de caer sobre él.

Al día siguiente, un destacamento de legionarios vino al desolado palacio, cerrando las puertas de un modo permanente, clavó sobre ellas, sellando con cera por sus cuatro puntas, un pergamino que decía:

"Esta casa es propiedad del Emperador".

Otro día después, a eso del mediodía, un decurión con sus diez hombres a caballo iba camino de Nazaret, procedente de Jerusalén.

Durante todo el día los prisioneros habían andado al paso de los caballos de los romanos sin una gota de agua con que mitigar su sed. Muchos de estos desgraciados no pudiendo soportar las fatigas de aquella penosa jornada caían muertos en mitad del camino. Sus conductores intentaban levantarlos a fuerza de latigazos hasta que veían que eran tristes guñapos humanos y entonces cortaban las ligaduras con que iban sujetos a los caballos y los dejaban abandonados en medio del desierto. Entre ellos iba también Juda. En su rostro de niño, como en el de todos, las huellas del sufrimiento se marcaban horrorosamente.

El pueblo de Nazaret estaba situado en un rincón extraviado y como colgado en la ladera de un cerro, tan insignificante, que su única calle no era poco más o menos que una

senda trillada por las idas y las vueltas de los rebaños y los pastores.

Las casas en irregular agrupación, eran del aspecto más humilde, cuadradas, de un piso, techo plano y cubiertas por parras de brillante verdor. La sequía que había abrasado las alturas de la Judea, tostando y matando todo lo que tenía vida, se había detenido en el límite de la Galilea.

Quando la cabalgata se acercó a la villa, tocó una trompeta, que ejerció un efecto mágico entre los habitantes. Asomáronse a cada puerta grupos ávidos de ser los primeros en ver y saber lo que significaba aquella visita tan inusitada.

El objeto principal que atrajo la curiosidad de los habitantes, fué un prisionero que los jinetes iban custodiando. Iba a pie, con la cabeza descubierta, medio desnudo y con las manos atadas a la espalda. Una correa sujeta a las muñecas se anudaba después al cuello de un caballo. El polvo que levantaban los pies de los caballos le envolvían en amarillenta neblina, y a veces en densa nube. Caminaba arrastrándose con los pies, llagados y muy débil. Los aldeanos pudieron ver que era muy joven. En el pozo que había a la en-

trada del pueblo los legionarios hicieron alto, y desmontaron. Los prisioneros se dejaron caer sobre el polvo del camino y en su angustia suplicaban, dolorosamente, un trago de agua con que mitigar la sed que los abrazaba.

Pero entre todos los que conducían los romanos el que llamaba la atención era el joven prisionero de que acabamos de hablar y que nuestro lector habrá comprendido que no era otro que Ben-Hur. Todos le hubieran socorrido si se hubiesen atrevido a hacerlo.

En medio de su indecisión y en tanto que los cántaros pasaban de mano en mano entre los soldados, los aldeanos divisaron a lo lejos a un hombre que bajaba hasta ellos, y al verlo una mujer exclamó:

Mirad ahí viene el carpintero, ahora nos dirá alguna cosa.

El anunciado se paró al llegar al grupo para enterarse de lo que ocurría.

—¡Oh, rabbi, buen rabbi José!—gritó una mujer acercándose a él—. Aquí hay un joven prisionero que inspira lástima, pregúntale a los soldados quien es y que ha hecho y que van a hacer con él.

La cara del rabbi permaneció impassible, miró al prisionero, se acercó al que parecía mandar a los soldados, y le dijo:

—La paz del Señor sea contigo.

—Y la de los dioses sobre ti—replicó el decurión.

—¿Venís de Jerusalén?

—Sí.

—Vuestro prisionero es muy joven.

—En años, sí.

—Puedo preguntar que es lo que ha hecho.

—Es un asesino.

La gente repitió la palabra con asombro, pero el rabbi José prosiguió sus informaciones.

—¿Es un hijo de Israel?

—Es judío—dijo secamente el romano.

La piedad aun indacisa de los presentes se enfrió de repente.

—Yo no sé nada de vuestras tribu, pero puedo hablar de su familia—continuó el decurión—. Ya habréis oído hablar de un príncipe de Jerusalén llamado Ben-Hur, como ellos dicen. Vivía en tiempos de Herodes.

—Lo he visto—dijo José.

—Bueno, éste es su hijo.

Las exclamaciones se hicieron generales y el decurión tuvo que hacerlos callar.

—En las calles de Jerusalén estuvo a pique de matar, anteaer, tirándole una loseta a la cabeza, al pobre Grato, el procurador, desde lo alto del terrado del palacio de su padre.

Hubo una pausa en la conversación, durante la cual los nazarenos contemplaron al jo-

ven Ben-Hur como si fuera una bestia feroz.

—¿Lo mató?—preguntó el rabbi.

—No—respondió el romano.

—¿Ahora va a sufrir la sentencia?—preguntó de nuevo el carpintero.

—Sí, la galera para toda su vida.

—¡El Señor le asista!—dijo José que perdió esta vez su impasibilidad por un momento.

En este instante un niño que venía con José, pero que se había mantenido a su espalda sin llamar la atención, dejó en el suelo la sierra que llevaba y acercándose a una gran piedra que había al lado del pozo, tomó de encima un jarro de agua. La acción fué tan natural y tan silenciosa, que antes que el soldado pudiese intervenir, si tal hubiese sido su intención, el niño acercó el cántaro a la boca del prisionero y le dió a beber.

La mano que le puso tiernamente sobre el hombro despertó de su estupor al infortunado juda, que al mirar en alto vió un rostro que nunca olvidó después. El rostro de un niño sombreado por grandes bucles de brillantes cabellos castaños de dorados reflejos; una cara alumbrada por unos ojos de color oscuro, tan dulces, tan atractivos, tan llenos de amor y de santa voluntad que se imponían irresistiblemente sobre quien se fijaban.

Cuando acabó de beber, la mano que había

reposado sobre su hombro se posó sobre su cabeza y se detuvo allí, entre sus empolvados cabellos el tiempo suficiente para murmurar una oración.

Y así, por vez primera, el hijo de María y Judá se encontraron para separarse en seguida.

¡PRONTO! ¡PRONTO!

La famosa obra que ha dado la vuelta triunfal al mundo entero

Don Quijote de la Mancha

TERCERA PARTE

Como había dicho el decurión algún tiempo después Judá había sido destinado a una de las galeras que componían la flota romana.

La galera donde había sido conducido Ben-Hur era la del patricio Arrio.

Un día tras otro ocupaban sus puestos los galeotes sin hablar una palabra, puesto que no se les permitían y sus cortos relevos sólo se les concedían para comer o dormir. Nunca se reían y nadie les oía cantar jamás. La existencia de estos pobres seres era semejante a una corriente subterránea trabajando lenta y penosamente por encontrar una salida ¡si acaso era posible encontrarla para ellos!

Arrio hacía pocos días que se había hecho cargo de la pequeña flota que mandaba e iba requisando todas las dependencias del navío en que navegaba. Lo último que visitó fué las

galeras y oyó decir a uno de los remeros, quejándose lastimosamente, mientras que el jefe de ellos le azotaba cruelmente con un látigo para que no cesase de remar.

—¡Dadme la muerte Dios mío, que me va libre de tanta miseria!

—¡Quién desea la muerte!—gritó un joven que ocupaba el número 60, en uno de los bancos—. No comprendes desdichado que hasta que te hayas vengado de tus enemigos no debes desahuirte.

Llamó poderosamente la atención de Arrio que uno de los galeotes no quisiera morir; cuando todos imploraban esto precisamente para que terminasen de una vez sus sufrimientos y acercándose a él lo examinó detenidamente. Era Judá, la luz que atravesaba el enrejado cayendo sobre su cabeza lo exponía perfectamente a la vista del tribuno. Desnudo como todos sus compañeros, sin otro adorno que un cinturón que apretaba sus riñones, tenía, sin embargo, cualidades que le distinguían entre los demás.

Arrio se le quedó mirando y le preguntó:

—¿Por qué no te quejas tú como todos?

—Yo no se quejarme. Espero únicamente que llegue el día en que pueda vengar todas las ofensas que se me hacen.

—¿Y crees acaso que ha de llegar ese día?

—vohrió a decirle Arrio.



Un día más otro ocupaban sus puestos los galeotes.

—Lo único que sé es que el Rey de Israel ha nacido y pronto será libre.

Durante todo el día el patricio no pudo borrar de su memoria la impresión que le había causado el joven remero y hasta que finalmente llamó al "hortetot" (jefe de los galentes) y le dijo:

—¿Conoces al galente que ocupa el número 60?

—Sí—respondió el "hortetot".

—Debe ser un judío—hizo observar Arrio.

—El noble Arrio es muy sagaz—afirmó el jefe de los remeros.

—Es muy joven, por lo menos su aspecto lo parece.

—Sin embargo, es nuestro mejor remero. He visto su remo doblarse como un junco a su impulso.

—¿Y cuál es su carácter?—preguntó el patricio.

—Es muy obediente. De lo demás no sé. Sólo una vez me hizo petición.

—¿Sobre qué?—se interesó Arrio.

—Deseaba que lo lo cambiase alternativamente de la banda derecha a la izquierda.

—¿Daría alguna razón?

—Me dijo que había observado que los hombres confinados exclusivamente a un solo costado se deformaban con el tiempo. En un día de tormenta o de batalla pudiera ser necesario cambiarlo de puesto y no accediendo

a su petición no podría cumplir debidamente su servicio.

—El mozo es inteligente—exclamó Arrio—. Cuando le toque el descanso mandámelo.

Unas dos horas después Arrio se encontraba bajo el pabellón de la galera, cuando se presentó Ben-Hur, diciéndole:

—El jefe me ha dicho que el noble Arrio quería que viniese aquí ha presentarme a él. Aquí estoy.

Arrio examinó lentamente su figura y respondió:

—El "hortetot" me ha dicho que eres el mejor remero.

—Mi jefe es muy bueno para mí—respondió Juda.

—Estás mucho tiempo en el servicio del remo?—preguntó otra vez Arrio.

—Unos tres años.

—El trabajo es muy pesado, pocos hombres lo resisten un año seguido sin resentirse y tú... tú no eres más que un muchacho.

El noble Arrio olvida que el alma da mucha fuerza en el sufrimiento. Por ella prospera muchas veces el débil en donde fracasa el fuerte.

—Por tu manera de hablar veo que eres un judío.

—Mis antepasados, desde mucho antes que existiese el primer romano, han sido todos hebreos.

—Veo que el tenaz orgullo de tu raza en se ha perdido todavía en ti—exclamó Arrio, al observar el ligero rubor que se difundió por el rostro del rentero.

—El orgullo no habla nunca tan alto como cuando está aherrujado—respondió Ben-Hur.

—No he estado nunca en Jerusalén—dijo el patricio—pero he oído hablar de sus príncipes. Conozco al menos a uno de ellos. Era un comerciante y bogaba por nuestros mares. Era digno de haber sido rey. ¿Cuál era tu condición?

—Mi padre... fue un príncipe de Jerusalén y un comerciante, también bogaba por todos los mares. Era conocido y honrado por el Gran Augusto, que le trataba y recibía como amigo.

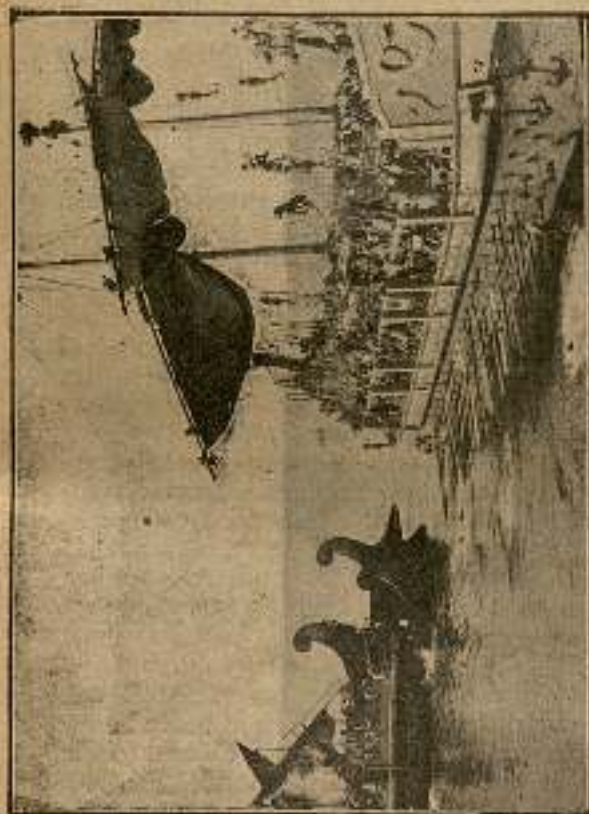
—¿Cuál era su nombre?—inquirió Arrio.
Ithamar, de la casa Hur.

—¿Tú un hijo de Hur?—exclamó el patricio, y después de una breve pausa volvió a decirle:—¿Qué te ha traído aquí?

Juda bajó la cabeza y su pecho se hinchó con una ola de pasión comprimida. Cuando logró dominarse miró directamente al tribuno y le dijo:

—Fui acusado de haber querido matar a Valerio Grato, el Procurador.

—Una oleada de tristes y tiernos recuerdos arrastró consigo toda la altivez del joven



Un choque poderoso conmoverá todo el buque.

y Arrio compadecido de él no quiso seguir interrogándolo y le dijo:

—Vuelve a tu sitio, ya hablaremos otro rato.

No había hecho Ben-Hur más que colocarse en su banco cuando el vigia gritó:

—¡Los piratas están muy cerca!

—Echar los grillos a los galeotes —ordenó Arrio desde cubierta, pero al llegar al "hortator" adonde estaba Juda, lo detuvo el patricio, diciéndole:

—No, a ese remero déjalo en libertad.

Una mirada de agradecimiento iluminó el rostro de Ben-Hur, quien desde hacía tres años no había mirado una persona amiga que se compadeciera de él.

Siguió con la vista al tribuno que subió sobre cubierta y esperó resignado a que el combate que se preparaba decidiera su suerte.

De pronto un choque poderoso conmovió todo el buque, los remeros que se alineaban ante el hortator se tambalearon y muchos cayeron al suelo.

Sobre él, un griterío infernal atronaba el espacio, como si una legión de diablos hubiera penetrado de pronto en el navío. Indudablemente la lucha sobre la cubierta debía ser espantosa. Todo esto pensaba Ben-Hur cuando un segundo golpe recibido en la banda de la derecha abrió una enorme vía de agua.

Arriba los romanos peleaban denotadamente. Pero por cada pirata que moría salían diez. No cabía duda que al final la victoria sería de ellos. Ben-Hur pensó en ello y trepó por la escala de popa hasta el puente de mando.

En efecto, en el puente Arrio sostenía una lucha a muerte contra varios piratas. Ya prontitud y agilidad con que manejaba su espada los tenía a raya, pero por detrás de él se deslizaba cautelosamente un pirata y en el momento de levantar el brazo para dejar caer sobre la cabeza del patricio su pesada hacha, un terrible golpe de Juda lo derribó del puente.

La nave iba hundiéndose cada vez más precipitadamente y a los pocos minutos flotaban en el agua centenares de cadáveres. Los unos eran guerreros, los otros miserables galeotes que habían encontrado la muerte amarrados a la cadena sin medios para poderse defender. De ellos nadie se acordaba, eran miseros esclavos cuyas vidas no tenían valor alguno.

Arrio, sangrando abundantemente fué recogido por Juda y en una pequeña embarcación que encontró cerca del navío, se alejó del lugar del combate.

Algunas horas después la noche tendió su manto de negrura sobre las aguas y únicamente podía divisarse a lo lejos algunas fla-

más como residuos de algún barco que terminaba de quemarse.

Ananeció al día siguiente, después de una noche de continuofuechar con las olas y Arrio, sin fuerzas para sobrevivir a la horrible derrota, le dijo a su salvador:

—Te debo la vida, pero no quiero conservarla después de haber sido vencido. Toma este anillo, en premio de generosidad y él te hará entrar en posesión de toda mi fortuna.

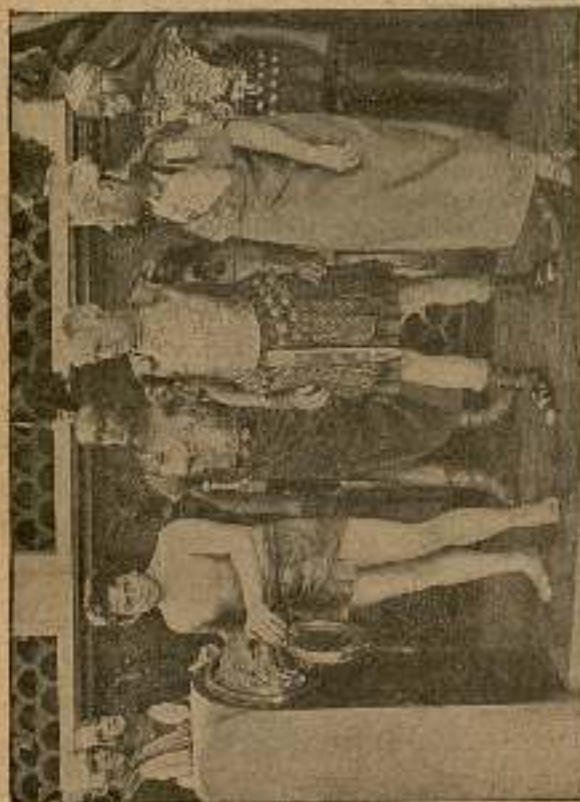
—Yo no puedo dejarte que mueras en mi presencia, noble Arrio—protestó Ben-Hur—. Te salvaré aun cuando sea a costa de mi propia vida.

—Es inútil resistir más—volvió a decir el patricio—. Jamás me presentaré en Roma vencido.

En lontananza se divisaron varios barcos que ventan en sentido favorable del lugar en que se hallaban los naufragos, y por su corte denotaban a primera vista que eran naves romanas.

Poco después se acercaron a la frágil embarcación, y el que mandaba el navío exclamó:

—Podamos dar gracias a los dioses que nos han permitido encontrar al patricio Arrio después de nuestra gran victoria. Gracias a tus oportunas órdenes hemos obtenido la victoria más grande que se conoce en los mares.



Ben-Hur rescatado y que le indicase su puesto en la guerra.

Ben-Hur había subido a la cubierta del nuevo barco y esperaba resignado a que le indicase un puesto en la galera.

—¿Qué quieres que hagamos con tu esclavo? — le preguntó el comandante del navío.

Arrío atrajo hacia él a Juda y estrechándolo amorosamente entre sus brazos contestó:

—Quiero que se le trate con igual respeto y consideraciones que si hijo mío fuese. Y de esta forma Ben-Hur obtuvo la libertad que tanto anhelaba.

CUARTA PARTE

Desde su llegada a Roma la vida había cambiado por completo para Ben-Hur. El esclavo se había convertido en poderoso y vivía en la regia mansión de Arrío convertido en su hijo.

Se dedicó a los ejercicios y pronto su fama de vencedor en los juegos olímpicos le hicieron ser el ídolo de las multitudes. Pero en medio de toda aquella fastuosidad que lo rodeaba, a pesar de los constantes agasajos de que era objeto, un profundo dolor se albergaba en el alma del joven judío y cada día se le hacía más imperiosa la necesidad de salir en busca de su hermana y de su madre.

Desde que salió de su pueblo natal, nada había sabido de ella y ahora al poco tiempo de estar en Roma había oído hablar de un

rico comerciante, establecido en Antioquia, que se llamaba Simonides.

El nombre coincidía precisamente con el de su esclavo y Juda no dudó un momento más en ir en su busca para saber la suerte que habían corrido su madre y hermana.

Un único pesar tenía al dejar Roma, era abandonar a Arrío, que se había portado con él como un verdadero padre.

Este adivinaba, puesto que Ben-Hur le había dado a conocer su historia, la pena que se anidaba en el corazón del muchacho y procuró por todos los medios distraerlo. Mas todo fué inútil, aquella idea no se apartaba ni un momento de la mente de Juda, hasta que un día le dijo al patricio:

—Arrío, siento mucho la pena que voy a causarte, pero me marchó en busca de mi madre y de mi hermana.

—Comprendo tu pesar, hijo mío—repuso el noble tribuno—. Hasta ahora he procurado distraerte, pero veo que es inútil. Ves donde debes y siempre tendrás en mí un padre que te reconja, si los dioses no te son propicios.

—Nunca lo olvidaré y en mis oraciones puedes estar seguro, padre mío, que siempre te tendré presente.

Algunas semanas después una galera mercante entraba por la boca del río Orontes abandonando las azules aguas del mar. El

calor era abrasador y todos los que podían gozar la libertad de estar sobre cubierta la aprovechaban, buscando la sombra de las velas.

Entre los pasajeros estaba Ben-Hur. Los cinco años pasados sobre el joven judío habían hecho de él un hombre en la plenitud de su virilidad.

Al entrar la galera en que viajaba Juda en la embocadura del Orontes, otras dos naves, que se habían visto en alta mar, la alcanzaron y penetraron con ella en la bahía. Al pasar junto a ella ambas naves arrojaron fuera pequeñas banderolas del más brillante color anaranjado. Todos tenían curiosidad por conocer el significado de estas señales y un judío dió la explicación, diciendo:

—Esas banderolas no expresan precisamente la nacionalidad, sino que es un modo de dar a conocer a sus propietarios.

—¿Tiene muchos buques ese naviero?—preguntó uno de los pasajeros.

—Muchos—contestó el que primeramente había hablado—. Vive en Antioquia. Como es bastante rico es muy conocido de todos, aunque no muy estimado, porque de él se dicen historias que no le favorecen mucho. Dicen que en otro tiempo había en Jerusalem un príncipe de la antiquísima familia llamada Ben-Hur...

Juda prestó atención con el corazón oprimido.

nido, mientras que el judío fué relatando toda su historia, hasta que terminó diciendo:

—Dicen que guardó para sí todos los bienes del príncipe y como había sido agente de éste en Antioquia, continuó el tráfico en su nombre, y por su cuenta y en poco tiempo llegó a ser el comerciante más rico de la ciudad. A semejanza de su amo, envió grandes caravanas a la India y hoy en día sus galeas serían suficientes para formar una flota real. Aseguran que todo le marcha viento en popa. Sus camellos no se le mueren sino de vejez, sus buques no naufragan nunca y si arroja un guijarro al río, lo vuelve a sacar convertido en pepita de oro.

—¿Y cuánto tiempo hace que emprendió su comercio?—preguntó el judío que escuchaba la narración.

—Cerca de diez años.

—Debe haber tenido un gran capital al principio.

—Sí, dicen que el Procurador se encontró solamente con lo que encontró a mano. El dinero no pudo encontrarlo, aunque suponía que debía ser una cantidad enorme. Lo que se hizo de este dinero nadie lo ha podido averiguar todavía.

El Procurador, por dos veces, en el transcurso de cinco años hizo coger al comerciante y lo sometió al tormento.

En su cuerpo no hay un hueso sano. La

última vez que lo ví estaba sentado en un sillón, como si fuera un verdadero inválido.

Juda había oído bastante, y por lo mismo, lo primero que hizo al saltar en tierra fué dirigirse a la casa de Simonides.

En la terraza se encontró a Esther y su corazón le recordó la de otra conocida que más de una ocasión se le había aparecido en sus años de cautiverio.

La joven al verse sorprendida por un desconocido, pretendió huir, pero él la detuvo, diciéndole:

—Perdóname si te he asustado.

—Asustarme, no.

—Me parece que te he visto en otro sitio—exclamó Juda—. No puedo recordar dónde, pero estoy seguro de ello.

La joven se le quedó mirando como queriendo recordar en aquella fisonomía la de otra que ella había visto hacía tiempo y cuyo recuerdo no había podido borrar de su memoria.

—Poco te importaré cuando tan débil recuerdo ha quedado de mí en ti—repuso la joven.

—No lo creas así, pero han sido tantos los acontecimientos que han alterado mi vida en el corto espacio de cinco años, que apenas si reconozco los lugares más frecuentados por mí durante mi infancia.

No era correcto en aquellos tiempos que una doncella hablase sin testigos con un

hombre, y Esther, queriendo cortar la conversación, no por deseos de separarse del judío, sino por cumplir las leyes de su país, le preguntó:

—¿Vienes a hablar con mi padre?

—Sí, hermosa doncella y te ruego que entres a decirselo.

Entró Esther al lugar donde su padre se hallaba medio postrado en un sillón y poco después salió diciendo:

—Mi padre te espera. Puedes entrar cuando gustes.

Momentos después, el joven Hur se hallaba en presencia de su antiguo criado y le decía:

—El Dios de Abraham te bendiga.

—Su bendición caiga sobre ti—respondió ceremoniosamente el antiguo siervo.

—Me ha dicho que te llamas Simonides y que eres hebreo, ¿es cierto?

—Las dos cosas soy y por lo que veo también tú eres judío.

—Lo soy, y por eso he venido a verte, porque necesito de ti.

—Habla y di lo que desees.

—Yo soy hijo de uno de los antiguos y poderosos príncipes de Jerusalén, pertenecientes a la casa Hur—explicó el muchacho—. Sé que tú guardas las riquezas de mis antepasados, pero nada quiero de ellas, tan sólo he venido para saber si puedes darme

algunas noticias sobre el paradero de mi madre y mi hermana.

—Ignoro en absoluto que puedas ser tú el heredero de esa casa y mucho más cuando estoy seguro que el único resto de esa gran familia murió hace tiempo en galeras—respondió el viejo judío—. En todo caso, para creer tus palabras necesito que me des pruebas.

—No tengo ninguna—exclamó desesperado—. Las únicas personas que podrían reconocerme son aquellas por las que te preguntó.

En aquel momento entró en la casa de Simonides un nuevo judío a quien decían Ilderim y, escurándose con el dueño de la casa, le dijo:

—Me han dicho, amigo Simonides, que esta mañana ha llegado de Roma un mancebo que sabe manejar los carros en el circo, como hasta ahora no lo he visto, ¿quieres decirme quién es, puesto que ha venido a tu casa?

—Aquí tienes al único que ha venido hoy a visitarme—repuso el judío señalando a Judá.

Ilderim se acercó a él y le dijo:

—Deseo que mañana conduzcas mi cuadriga en la carrera. He apostado toda mi fortuna y si vences te haré rico.

—Guarda tus riquezas que para nada las

necesito. Yo no montaré nunca más ninguna cuadriga — respondió Ben-Hur, volviéndale la espalda.

—Detente y escúchame—volvió a decirle el judío—. Píde lo que quieras por conducir mi cuadriga y lo tendrás. Mi único deseo es humillar el orgullo de Mesala.

Aquel hombre tan odioso detuvo a Joda y, acercándose a Idcirin le respondió:

No quiero dinero alguno, pero correré la carrera. Ves tranquilo de que mañana Mesala quedará vencido.

Y pensando en que la hora de su venganza estaba próxima el joven príncipe salió de la casa de su antiguo esclavo, dando gracias a Dios que le permitía vengarse por su propia mano.

Cuando volvieron a quedar solos Esther y su padre, éste se abrazó a ella y le dijo:

—¿Has oído lo que ha dicho ese joven?

—Sí, padre, y creo que decía verdad. Sus palabras eran tan persuasivas que no he dudado un solo momento.

—Yo tampoco, pero antes de atender a su ruego he querido consultar contigo. Hasta ahora te he ocultado esta verdad de mi vida, pero ya es hora de que la sepas, yo no soy el opulento comerciante que todos respetan, sino un triste esclavo de la casa Hur, y mis riquezas son todas de ese joven. De ti depende que se las devuelva o no.

Esther permaneció durante unos segundos callada, como meditando su contestación y finalmente terminó diciendo:

—Padre, no me importa la esclavitud, con tal de tener el alma limpia de todo pecado. Esas riquezas y nosotros mismos pertenecen a ese joven y debemos devolvérselas.

Hora es ya de que nos ocupemos un poco de la madre y hermana de Joda. Cuando éstas fueron arrojadas de casa, el Procurador las encerró en una de las mazmorras que existían bajo las torres que ocupaban las murallas de la ciudad y allí permanecieron durante los cinco años, sin más ser humano que ellas mismas. Ni aun el carcelero solía entrar para dejarle el alimento, que consistía en unos trozos de pan duro y un poco de agua.

El alimento escasisimo y más aún el agua, motivó que al poco tiempo aparecieran en sus cuerpos unas manchas que rápidamente se extendieron por todo él. No les cupo duda, su desgracia se aumentaba con aquel mal. Era la terrible enfermedad de la lepra. Si lograban salir de su encierro, todo el mundo huiría de ellas, seres impuros que no podían vivir entre los demás. La ley era inexorable en este sentido. Las personas atacadas por esta enfermedad se las hacía salir de la población, obligándolas a vivir en un valle apartado que se llamaba "El Valle de los Leprosos".

El nuevo gobernador, Poncio Pilatos, había querido hacer su entrada suavizando los métodos seguidos por su antecesor, y lo primero que hizo fué dar libertad a todos los presos.

También abarcó esta indulgencia a la madre de Juda y a su hermana; pero al salir le dieron la orden fatal de que tenían que abandonar al día siguiente la ciudad y marchar a reunirse con los atacados del mismo mal.

La tarde anterior a la carrera de cuadrigas, Mesala había oído decir que su contrincante era uno de los más afortunados corredores de Roma y quiso saber de quién se trataba. Para ello fué a ver a su amiga Cleopatra, y le dijo:

—Es preciso, querida, que vayas esta noche a casa de Ilderim y te enteres de quién es el que ha de montar su carro en la carrera de mañana.

—Descuida, que yo te prometo que esta misma noche lo sabrás.

En efecto, se dirigió a la casa de Ilderim, donde encontró a Juda y el dueño de la vivienda se la presentó, diciéndole:

—Aquí tienes a la cortesana más preferida de todos que te hace el honor de venir a acompañarte en tu cena.

La joven se sentó al lado de él y con tiernas zalamerías quiso saber todo lo que le interesaba a su amigo. Mas Juda, decidido a

guardar su incógnita hasta que estuviera frente a Mesala se guardó de decirle su verdadero nombre.

Había terminado ya la cena, cuando se presentó Simonides con su hija, Cleopatra, al verlos entrar, huyó a una habitación contigua, y desde allí pudo oír a Simonides que decía:

—¡Oh, señor, perdóname si ayer no quise dar crédito a tus palabras, pero mi hija me ha decidido a dar este paso y vengo a poner mis riquezas y nuestras personas a tu disposición.

—Ya te dije que para nada quería el dinero. Me basta solamente con poder encontrar a mi madre y hermana. Mañana empezará mi venganza venciendo a Mesala.

Cleopatra había oído bastante y sin perder un minuto se encaminó al palacio del comandante de las fuerzas y le dijo:

—He averiguado que tu rival en la carrera de mañana se llama Ben-Hur, y es un antiguo príncipe judío.

—Lo conozco—respondió Mesala—. Mañana será el día más grande de mi vida, presto que acabaré por completo con esa odiada familia.

Al día siguiente el circo estaba abarrotado de público ávido de presenciar la gran carrera.

En un carro tirado por cuatro caballos

bancos, Ben-Hur pasó por delante de la tribuna que ocupaba Esther y su padre. Detrás de él iba Mesala con el suyo, al cual había enganchado los cuatro mejores caballos de sus cuadras.

Por rara coincidencia, los caballos que conducía Mesala eran negros y esto permitía distinguir admirablemente al uno del otro.

En las tribunas produjo una exclamación de simpatía la presencia del joven judío y se oyó decir a varios espectadores:

—Es Ben-Hur, el último descendiente de la familia Hur.

—Asseguran que conoce todas las tretas y estratagemas de los romanos.

—Fijaros qué gallardo va en el carro— exclamó una mujer.

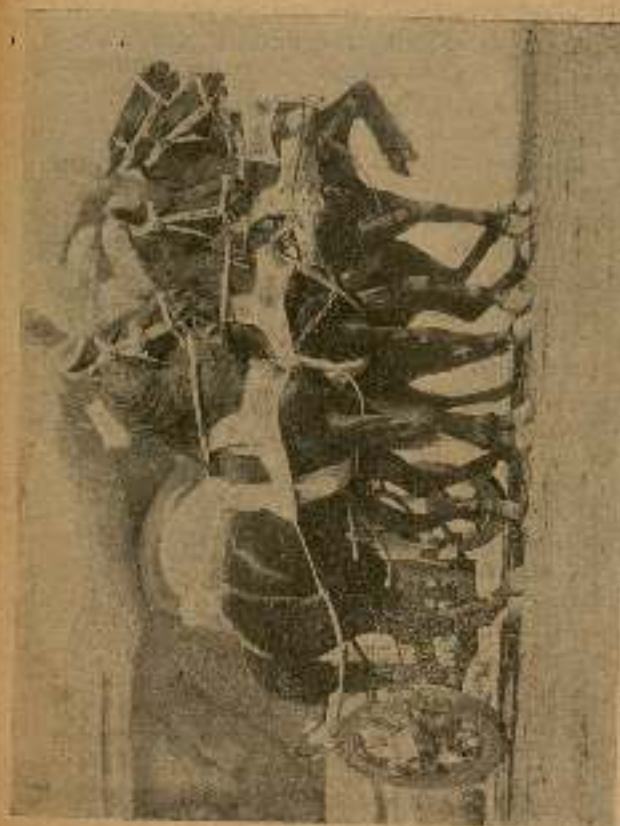
Aun es más guapo que el romano—dijo otra completando el elogio de la primera.

Los carros alientos esperaban la señal de salida, cuando Mesala, volviéndose a Judá, que estaba cerca de él, le dijo:

—Hoy voy a ver hasta dónde es capaz de llegar el valor de un judío.

—Tanto presente Mesala, porque de esta carrera uno de los dos ha de quedar muerto—exclamó Ben-Hur, en cuyos ojos centelleaba la llama de un odio inextinguible.

Las trompetas anunciaron la partida y las cuádrigas salieron a todo el correr de sus briosos corceles.



Los chariots de Mesala eran negros.

En primer término iba Mesala, pero un poderoso impulso de otro corredor lo alcanzó.

Voltó aquél la cabeza y al ver que detrás del carro que lo seguía venía el de Ben-Hur, se acercó a él, haciendo que el otro corredor lo gritara indignado al observar la maniobra.

—¡Aa, perro! ¿Te ha emocionado el juego?

—Mejor, así la muerte te cogerá preparado— respondió, sin inmutarse Mesala—. Detrás tuya viene una cuadriga a la que me conviene vencer y el único medio de conseguirlo es haciendo que tu carro vuelque para que se estrelle el otro.

En efecto, con una crueldad inaudita, acercó su carro y el contrario cayó hecho trizas, a la vez que su conductor era pisoteado por los caballos.

Comprendió Ben-Hur el peligro que corría, pero con vigoroso impulso desvió a sus caballos y pasó el carro deshecho.

—¡Ah, maldito!— exclamó Mesala—. Yo te juro por todos los dioses que no saldrás vivo de esta carrera.

Juda no hacía caso de las exclamaciones del romano. Excitaba sin cesar a sus caballos, hasta que logró ponerse al lado de Mesala, que al verlo, empujó su látigo y comenzó a descargar golpes sobre la cara de su adversario.

Por fin, pudo éste apoderarse del látigo y,



Muerte de Mesala en la carrera.

al hacerlo, se acercó tanto a la cuadriga de Mesala, que chocaron las dos, sabiendo la de éste rodando por la arena. Los caballos que seguían detrás no se detuvieron por este incidente, sino que pisaron sobre el cuerpo del romano, que quedó sin vida instantáneamente.

Ben-Hur había ganado la carrera, pero poco le importaba, su única satisfacción era la de haberse vengado del hombre que tanto mal le había causado. Su primera parte de la misión que se había impuesto ya estaba cumplida. Ahora quedaba la más difícil, la de encontrar a su madre y a su hermana.

No se detuvo mucho tiempo en Antioquia, sino que, seguido de Simónides y de su hija, marchó hacia Jerusalén, su pueblo natal, donde tenía esperanzas de hallar a sus dos seres queridos.

Llegó a la puerta de su antigua casa y abrazado a su puerta lloró desconsoladamente, recordando los tiempos de su primera juventud.

En un banco que había sobre la puerta se quedó profundamente dormido, mientras que sus labios pronunciaban el dulce nombre de "madre".

El Destino quiso reunir aquella noche a los tres únicos miembros de la gran casa Hur. Su madre y su hermana, que habían sido puestas en libertad aquel día, también fue-

ron hacia su palacio y al ver a un joven acostado sobre el banco de la puerta, lo miraron fijamente y no tardaron en reconocer que era Judá.

Tirzah, impulsada por su cariño fraternal, fue a acercarse a él, pero su madre lo detuvo gritándole:

— ¡No te acerques. ¡No podemos acercarnos, somos leprosas!

Pero desde el lugar que estaban lloraron la pérdida de aquel ser que volvían a encontrar antes que permitir que su enfermedad le contagiara.

Simónides y Esther, que venían en busca de su dueño las vieron huir y la joven corrió tras ellas, reconociendo a sus antiguas señoras, pero antes que la joven pudiera acercarse, las dos mujeres le gritaron: "¡Huye de nosotras, desdichada! ¡No te acerques, que somos impuras. Si en algo estimas a nuestro Judá, no le digas nada de este encuentro."

Por aquel tiempo recorría la Judea, predicando sus divinas máximas, Jesús, el hijo de José y de María. Todos hablaban de él con un místico respeto y declaraban las curas milagrosas que había hecho. Los más creían en él como en el divino profeta anunciado, y Judá, en cuyo pecho rugía la venganza contra los opresores de su país, reunió un enorme ejército formado de pescadores para ayudar al Rey. Pero, sin embargo, su deseo

fué inútil, los más adeptos a los romanos y estos mismos, acusaron a Jesús, ante Pilatos, y este no tuvo más remedio que condenarlo a ser crucificado.

Esther se había enterado de las curas milagrosas del Divino Predicador y corrió al "Valle de los Leprosos" para traerse a las dos mujeres de la casa de Hur.

Cuando el Divino Pastor iba cargado con su cruz hacia el monte Calvario, Esther se arrojó ante él con la madre de Juda y Tirzah implorando:

Juda, heredero de los Ben-Hur logró aumentar de una manera considerable el ejército de pescadores con una multitud de galileos, llevándolos a salir al encuentro de Jesús, cuando era conducido al calvario.

Allí tuvieron que vencer la resistencia de las guardias pretorianas, hasta que después de inauditos esfuerzos, lograron acercarse a Jesús, quien le ordena deponer las armas, diciéndole:

—No ha venido el hijo de Dios a imponer la guerra, sino el amor para todos y el consuelo para los afligidos.

—Señor, creemos en ti, salvanos de nuestro mal!

El Redentor pasó su mano sobre las cabezas de las mujeres y en un instante las manchas que cubrían la piel, desaparecieron inmediatamente.



Cresó un ejército de pescadores pero cuando llegó era tarde.

Simonides y Esther convinieron en ofrecer la devoción de los bienes que durante tantos años habían conservado, y así se lo manifestaron a Joda, hija de Ithamar, siendo nuevamente príncipe de la casa Hur.

Pasaron los días, y el tiempo que todo lo borra y hace olvidar, borró los sufrimientos que durante cinco años agobiaron a la poderosa familia Hur.

Esther y su padre abandonaron Anloquia y volvieron nuevamente a vivir a la ciudad donde habían nacido.

También Ben-Hur había vuelto a sus antiguas tierras y por una orden de Pancio, ante quien se presentó como el protegido de Arco, pudo recuperar su antiguo palacio.

¡Cuánta emoción al pisar de nuevo todas aquellas habitaciones que le hablaban de sus primeros años de su niñez! ¡Cuántos recuerdos acudían a su mente al verse de nuevo entre todos aquellos objetos tan queridos! Parecía como si la vida hubiese retrocedido en su vertiginosa carrera y todas las calamidades que había sufrido durante sus años de cautiverio, los trabajos forzados a que lo habían sometido, en una palabra, todo lo que le habían acaecido desde el día fatal en que los soldados romanos entraron en su casa, no había sido más que una terrible pesadilla, que al disiparse el sueño se había trocado en una dichosa realidad.



Al momento que vuelve a su estancia de las guardias iraquíes.

Este mismo sentimiento que experimentó Judá embargaba también a las dos mujeres, que abrazadas una a la otra contemplaban todo aquello que había rodeado su vida con una infinita emoción.

—Por fin, madre, Dios se ha compadecido de nosotros y su gracia vuelve otra vez a esta casa.

—Sí, hijo mío, demos gracias a Dios que ha querido conservarnos la vida para que podamos bendecir su bondad infinita.

Otro sentimiento anidaba también en el corazón del muchacho. Era el recuerdo de Esther. Desde que había vuelto a verla comprendió que la vida a su lado sería un nuevo paraíso y quiso saber la opinión de su madre, diciéndole:

Madre, desde hace tiempo conocí a una joven que por su bondad conquistó por completo mi corazón. Antes de decidirme a hacerla mi esposa he querido decirte lo.

—Haces bien, hijo mío. La obligación del hombre en la tierra es la de crear siervos del Señor.

—Sí madre. La joven de que te hablo es de diferente condición a la nuestra. Se llama Esther y es la hija de nuestro esclavo Sintonides.

—La conozco desde niña y ninguna otra tan merecedora a llamarse hija mía, como ella —repuso la madre—. Mañana mismo hablaré



Esther. — ¿En algún momento...

con su padre, el buen Simonides, para que te la entregue en matrimonio.

En efecto, el día siguiente la madre de Juda hablaba con su esclavo y le decía:

—Ya sabes Simonides, que nuestra ley nos prohíbe el levantar la esclavitud. Esta hubiera sido mi mayor alegría, pero en vista de que no puedo experimentarla, deseo que tu hija sea libre y por lo mismo te la pido por esposa para mi hijo Juda.

El pobre viejo lloraba como un niño, al oír estas palabras, y arrojándose ante su señora, besó respetuosamente la punta de su túnica, mientras decía:

—Jamás experimenté en mi vida una dicha tan grande, ama y señora. Nunca fui tu esclavo, puesto que tu bondad me trató siempre como a un libreto, pero jamás pude soñar que tu pobleza fuese tan infinita como lo es, al hacerme el honor de dejar que mi hija llegue a formar parte de la familia Hur.

Con las ceremonias que establecía la religión judía, pocos días después Esther, la hija del antiguo esclavo, aquella niña que desde el primer día inundó de un sentimiento tan dulce el corazón de Ben-Hur, entraba en el poderoso palacio conducida por el joven Juda, que la había hecho su esposa.

La fe que ni un sólo día había decaído en aquellas dos almas tan sencillas y tan llenas de amor para todos, los había salvado del

terrible naufragio en que habían estado a punto de perecer y un sol de infinita felicidad resplandeció en su cielo, completamente limpio de toda nube.

Las palabras del Redentor se habían cumplido, la ciudad de Jerusalén, la que fué campo de todas sus predicaciones y la que finalmente lo condujo al crucifijo, quedó destruida por completo.

FIN

*Publicación autorizada
por la Casa Editora*

BEN-HUR

Esta novela ha sido editada completa, con fiel traducción del original, por la Casa Editorial

MAUCCI

Mallorca, 166-Barcelona

constando de dos tomos artísticamente ilustrados, al precio de
2 PESETAS TOMO

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TÍTULO

PROTAGONISTA

La Rosa de Francia	R. Metter
La Brecha del Infierno	C. Vermades
Scanzianark	J. Cabellán
En las ruinas de Reims	Frank Mayo
Los dos pilotes	J. Forest-L. Shaw
Curio D. Juan de Serrallonga	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargona
El robo de París	H. Dandín
El Ahuch	M. Ribes
El gran perdón	Allen Jayce
La madre de todos	Mary Cier
Ronda de noche	R. Metter
El último corte	Vera Reynolds
Rapa Vieja	Chiquita
La prueba del fuego	Ronald Ceman
Veleté a Agnitas humanas	Lya de Pitt
Una gran señora	N. Talbridge
Los hijos del trabajo	J. Naro
Metropolis	B. Helm
Bombas sangrientas	M. Jacobini

SOLICITAMOS CORRESPONDIENTES

ENVIAMOS CATALUÑOS GRATIS

Servimos nuestros sueltos y colecciones completas,
previo envío del importe en sellos de correo. Remitan
cinco céntimos para el envío, el resto gratis.

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

Las Grandes Novelas de la Pantalla

(La primera novela cinematográfica)

Tomos a 2 pesetas

- Las dos niñas de París, *Sandra y Biscot*.
- Judex, *René Cresté*.
- La nueva misión de Judex, *René Cresté*.
- La huérfanita, *Sandra y Biscot*.
- Barrabás, *Biscot y Blanca Montel*.
- La coqueta irresistible, *Constance Talmadge*.
- Parísette, *Sandra Milavunoff y Biscot*.
- Por la puerta de servicio, *Mary Pickford*.
- La amordazada.
- Plimentilla, *Dorothy Gish*.
- El hijo del pirata, *Simón Gerard y Sandra*.
- Los parias del amor.
- Esposas frías, *Von Stroheim*.
- La dueña del mundo, *Mpa May*.
- La tragedia del correo de Lyon, *R. Curi y B. Montel*.
- Ricardo Corazón de León, *Wallace Beery*.
- El huérfano de París, *René Popen "Minutillo"*.
- Baratón Vernon, *Mary Pickford*.

Tomos a 1'50 pesetas

- El signo del Zorro, *Douglas Fairbanks*.
- El hijo de la parroquia, *Jackie Coogan*.
- El milagro, *Tomda Meighan*.
- El ladrón de Bagdad, *Douglas Fairbanks*.
- Don Q, hijo del Zorro, *Douglas Fairbanks*.
- La pequeña Anita, *Mary Pickford*.
- La quimera del oro, *Charles Chaplin*.
- El niño de las monjas, *Mercedes Astorff*.
- El Agulla negra, *Rodolfo Valentino*.
- El pirata negro, *Douglas Fairbanks*.
- El sol de medianoche, *Laura La Plante*.
- Mi hijo antes que nadie, *Germaine Rouet*.
- Resurrección, *Rod La Roque*.